

ción, como son los éxtasis, que son efectos de amor en el corazón, y del raptó, que es vehemente cognición que oprime el cerebro y priva de los sentidos, diremos abajo en su lugar.



LIBRO QUINTO

DE LA CONTEMPLACIÓN QUERÚBICA
Y DE SU PRÁCTICA

CAPÍTULO PRIMERO

QUÉ ES CONTEMPLACIÓN QUERÚBICA
Y QUÉ AÑADE Á LA FE Y Á LA TEOLOGÍA
ESCOLÁSTICA

Los dos términos querúbico y seráfico son tomados de los dos primeros coros de la primera jerarquía de los espíritus celestiales. Los serafines son en quienes campea más y sobresale el ardor del amor que la luz de la ciencia, aunque tengan ambas perfecciones juntas. Los querubines se llaman como plenitud de ciencia, en donde más sobresale la luz intelectual que el ardor del amor, aunque los tengan entrambos. Así, en la contemplación, que

consta de fe viva y caridad encendida, á veces sobresale un acto más que el otro, y el acto sobresaliente le da la denominación. Si sobresale más la luz intelectual de la fe viva, se dirá contemplación querúbica; si otra vez sobresale más lo afectuoso y más ardiente y encendido de la caridad, se dirá contemplación seráfica.

La fe es un hábito infuso acerca de cosas divinas y reveladas, y es el fundamento forzoso de la contemplación mística; y consiste en una ó muchas especies infusas que nos representan verdades divinas y reveladas; de manera que lo material de la fe son las especies representantes; su forma (hablando á lo escolástico) es aquel orden bajo el cual todas se refieren á la verdad divina revelante y revelada.

La teología escolástica, en cuanto es ciencia, es un hábito, según su género, evidente; aunque en algunas condiciones particulares, por accidentes é impedimentos ocurrentes, es tan solamente probable y opinativo, el cual, presuponiendo la primera verdad revelada por ella y algunos principios revelados, algunas veces con discursos y consecuencias, ya científicas, ya probables, apoya y asegura muchas

verdades de la fe, las cuales, aunque son sobre la razón humana, no son contra ella, y esto es lo que la Teología asegura. Lo material de este hábito son las especies intencionales adquiridas, cuya forma es aquel orden con que todas juntas se refieren á las cosas divinas, en cuanto (suponiendo que están reveladas) se pueden afirmar con discursos evidentes ó probables.

Sobre estos dos géneros de principios cognoscitivos y especies intencionales bien ordenadas á sus objetos, la contemplación añade otra tercer especie luminosa, clara y calurosa, que, uniéndose con los otros dos géneros de las especies preexistentes de la fe y de la Teología, eleva y realza grandemente al entendimiento para que conozca las verdades divinas reveladas con nuevo modo, nueva luz, nueva viveza y nuevo realce en todo. La luz de la fe es oscura, pero cierta. La Teología es cierta y algo clara á lo natural; pero la luz que añade la contemplación, aunque sea abstractiva en lo sobrenatural y de gracia, y no de gloria, es clara, cierta, fuerte, pacífica, deleitosa y pura; es principio de conocimientos que mejoran la vida y las costumbres; es luz práctica, que

de tal manera alumbra el entendimiento, que juntamente calienta, ablanda, derrite y regala la voluntad; enternece el alma y rectifica su intención, buscando tan solamente á Dios en todos sus deseos, obras y palabras. Y á la manera que, si un rayo de sol meridional entrase de repente en un aposento lóbrego, en donde estuviese un enfermo triste, el aposento luego se clarifica, el aire se purifica y el enfermo se alegra; así en el alma contemplativa, con esta luz, sus ignorancias se alumbran, sus afectos se purifican, su intención se rectifica, el corazón se pacifica, el entendimiento se alumbra y ve lo divino y humano con nuevos primores, que antes de este tiempo nunca supo ni entendió. Estos son los provechos que trae consigo esta luz contemplativa y querúbrica.



CAPÍTULO II

QUÉ HACE Y PADECE EL ALMA CUANDO SE DA PRINCIPIO Á LA CONTEMPLACIÓN, Y LO QUE ENTONCES RECIBE DE DIOS

DE muchas maneras suele y puede dar Dios principio á la contemplación;

yo me acomodo al ejemplo del desposorio espiritual, en donde Dios es el Esposo y el Alma de la desposada. La Humanidad de Cristo Nuestro Señor suelen ser los padrinos, el Cura y los testigos, con cuya presencia y asistencia se suele efectuar este matrimonio. La contemplación del viaje, sin ver claramente á Dios, es como el matrimonio rato; pero la contemplación de la gloria es como el matrimonio consumado, en donde hay eterna cohabitación é indisoluble unión del alma con Dios en la Gloria.

Y como el esposo, si es algún grande príncipe, suele dar á su esposa joyas de inestimable precio antes de tomarse las manos, lo mismo hace Dios en el principio de la contemplación, en donde suele prevenir al alma con santas inspiraciones, con pios afectos, con ansiosos deseos de tanto bien; luego le comunica las joyas espirituales que, como arras, preceden al desposorio, como son una gotica de aquel licor celestial, con que embriaga suavemente al alma con ternura, dulzura, paz, gozo, pureza de vida, costumbres é intención, lágrimas, devoción, amor al retiro y soledad, odio y aborrecimiento á los regalos y honras

mundanas; y como el alma se ve tan de repente rica con estas joyas de la gracia, que como previas disposiciones recibió de balde para que fuese más capaz de la contemplación realizada, luego se cubre de una vergüenza virginal y humilde, se pasma con una admiración agradecida, y, aun de puro humilde, se suele encoger tanto que se recoge dentro de su nada, para asegurar más la humildad y fidelidad que le piden en las grandezas venideras.

Cuando el alma está dispuesta de la manera que hemos dicho, puede Dios, y muchas veces suele unirse con esta esposa como principio, objeto y fin; principio que le eleva, objeto que especifica sus actos, fin que los termina. Explícate este paso con el ejemplo del Sol, cuando con sus rayos penetra en un espejo puro, terso y cristalino; entonces el espejo parece un segundo sol, pues allí vivamente se representa, resplandece como sol, calienta y quema como sol, sin serlo. Así á veces Dios, en el alma unida con la gracia, como el sol está en el espejo unido con sus especies y la imagen intencional; y, como el espejo, con virtud y actividad ajena, y pasión y reverberación propia arde, luce, calienta y resplan-

dece como sol sin serlo, así el alma en este paso entiende, ama, goza, arde y luce á lo divino sin serlo; y como en esta nueva y desacostumbrada luz ve tantas perfecciones amontonadas en su Esposo, luego, ocupada con un sobresalto suave, brota en exquisitos afectos de un amor admirativo, sosegado y pacífico. Y como el horno para no reventar respira por los bramadores que tiene, así el alma está aquí reboando con tantos amores, tantos favores y ardores, que para no reventar procura respirar con algunos requiebros tiernos, diciendo á veces: *Vida de mi alma, ¿qué es esto? ¿Adónde estoy? ¿Qué hago? ¿Qué veo? ¿Qué poseo? ¿Qué mudanza tan repentina es ésta, Esposo mio?* Otras veces está el alma como quien se ahoga suavemente en un mar de leche y almíbar, en una celestial dulzura, en donde se regala con ternura, calla con reverencia, suspira con decencia, ama, alaba, engrandece y agradece con un solo afecto, prolongado por largo tiempo, lo que recibe de su Amado. Esto es algo de lo que el alma hace y padece en el principio de la contemplación, pero en muy pocos; que pocos son los que por aquí acaban ni comienzan.

CAPÍTULO III

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

LA fe divina es el fundamento forzoso de toda la contemplación mística, y la Teología escolástica á veces sirve de báculo ó ayuda para los que la saben. La fe nos enseña que Dios, siendo en esencia Uno, tiene tres Personas distintas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre Ingénito es principio, que por generación fecunda produce á su Unigénito Hijo consubstancial é igual en todo á su Padre, y que el Padre y el Hijo, aunque sean dos Personas distintas en razón de espirar al Espíritu Santo, son un principio, pues con una sola voluntad y con el mismo acto le producen. Y que el Espíritu Santo, aunque no engendra como el Padre ni espira produciendo como el Padre y el Hijo, entendiendo y amando nocionalmente, sino esencialmente, es tan bueno, sabio y santo como el Padre y el Hijo, y consubstancial con Ellos en todo y un mismo y un solo Dios.

La Teología escolástica, apoyando y

suponiendo estas verdades reveladas para demostrar que, aunque este misterio sea sobre la razón humana, no es contra ella, prueba cómo no repugna que comunicase el Padre al Hijo su esencia y naturaleza sin comunicarle su paternidad, con el ejemplo del alma racional, que es una esencia y trina en las potencias del entendimiento, voluntad y memoria, demuestra que no repugna que Dios sea Uno en esencia y Trino en las Personas. La consubstancialidad del Hijo con el Padre la apoya y declara con el ejemplo de la llama de la candela, que instantáneamente engendra otra llama tan grande, hermosa y resplandeciente como es la substancia de la llama que engendró; y como las dos llamas juntas pueden producir otra tercera llama tan buena, hermosa y resplandeciente, substancialmente, como las dos que la produjeron, quedando todas tres llamas iguales en un mismo pábilo, así el Padre y el Hijo produjeron por espiración al Espíritu Santo, igual en todo y quedando todas tres Personas en una misma naturaleza. De esta suerte facilita la Teología escolástica el camino al entendimiento humano, para que creamos fácilmente los mis-

terios revelados que propone la fe divina, y esto es como mirar una pintura en la sombra oscura de la fe, ayudándose de la candela de la Teología escolástica; pero si uno que estuviese en un aposento obscuro mirando con la luz pequeña de una candela la pintura de varios jardines, prados y árboles, de repente le abriesen una ventana y le mandasen que con la luz clara del sol mirase con distinción los primores de lo pintado, claro está que con esta vista, tan aumentada en claridad, de las mismas cosas, tendría nuevo consuelo, nueva admiración y nuevo gusto.

Lo mismo pasa á algunas almas contemplativas, las cuales, viendo el misterio de la Santísima Trinidad en la obscuridad y sombra de la fe, y ayudándose de la candela de la Teología escolástica, algunas veces le sobreviene acerca de este misterio una luz clara, calurosa, resplandeciente, pacífica y alegre, que representa muy vivamente este misterio soberano, y en él, como en espejo divino, ven juntamente muchas verdades nuevas, muchos secretos divinos, muchos misterios, muchas perfecciones, y, con sólo esta simple vista, el alma se suspende, admira, de-

leita, inflama é interiormente se inmuta, eleva y mejora en todo. Conocí unos teólogos que á veces recibían esta gracia de la contemplación acerca de este misterio, y decían que la luz que hallaban en los libros acerca de él, era una luz pequeña y fría; pero cuando Dios les infundía aquella especie luminosa de la contemplación, decían que era una luz clara y calurosa, la cual, alumbrando altamente el entendimiento, calentaba suavemente á la voluntad. El conocimiento era aquí excesivo, el amor era admirativo; miraban las procesiones *ad intra* con suma admiración, asombro y veneración, y, dejando de hablar los discursos del entendimiento, hablaban los afectos encendidos de la voluntad, no con palabras, sino con cifras que significaban lo que el alma quería decir y sólo Dios entendía. Estaba el alma en una sosegada calma, en una pacífica fruición de afectos incógnitos, pero muy deíficos; no tenía ni suspiros, ni lágrimas, ni ternuras, ni otras alteraciones corpóreas, por ser esta contemplación muy interior, retirada de todos los sentidos y de todo lo corpóreo, pues se hacía, con especie infusa, á quien ni ayudaban ni desayudaban los sentidos inter-

nos ni externos: *Brevis hora, sed gratiosa mora*. Siempre lo muy preciso es poco y para muy pocos; pero siempre tiene Dios algunos, á los cuales comunica este género de contemplación.



CAPÍTULO IV

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

LA fe nos enseña que el Hijo de Dios se hizo Hombre en las entrañas de la santísima Virgen María, como las dos naturalezas divina y humana se unieron hipostáticamente en la Persona divina, la cual suple la personalidad y subsistencia humana; y así en Cristo Nuestro Señor, aunque hay dos naturalezas enteras, no hay dos Personas ni dos Hijos. También nos enseña cómo tuvo acciones teántricas, quiere decir de Dios-Hombre, cómo padeció como Hombre y como Dios resucitó.

La Teología escolástica, presumiendo estas verdades divinas, las apoya y confirma con varias conveniencias y ejemplos. La unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en

la Persona del Verbo, declara con el ejemplo del ingerto, en donde ramas distintas se pueden ingerir en un mismo tronco, cuya fruta participa algo de las dos naturalezas ingertas.

Cómo siendo Dios y Hombre, y padeciendo en cuanto Hombre, no padeció ni pudo padecer la Divinidad, lo explica la Teología con el ejemplo de un cristal luminoso, el cual, aunque se quiebre, raje, golpee y maltrate, la luz interior no se quiebra ni maltrata; así, aunque el cristal de la Humanidad fué maltratado en la pasión, la luz pura de la Divinidad no pudo padecer.

También explica con el ejemplo del que desenvaina la espada, teniéndola en una mano y la vaina en otra, el no haber desunido de sí lo que una vez unió hipostáticamente consigo; y cómo, aunque en la cruz el Alma se apartó del Cuerpo como la espada de la vaina, pero la Divinidad estaba unida con el Cuerpo muerto y con el Alma apartada. De esta suerte la Teología escolástica facilita el camino al entendimiento humano para que crea estas verdades divinas, las cuales, aunque son sobre la razón, no son contra ella, sino muy conforme á ella. Sobre estos dos fundamentos entra la meditación, con-

siderando muy en particular las virtudes, gracias y excelencias de este Dios-Hombre. Considera aquel rostro sereno, grave y apacible; aquellos ojos rasgados, bellos y alegres; aquellas mejillas de rosa encarnada en campo de nieve; aquella nariz tan bien proporcionada; la boca tan compuesta; toda la presencia exterior tan de Señor manso, hermoso y amoroso. Luego considera su lindo, delgado, presto, vivo y comprensivo entendimiento, tan lleno de dones divinos; su voluntad tan noble, blanda, tierna y amorosa, con todos los dones celestiales que tiene. Considera cómo el Padre Eterno y el Espíritu Divino tienen por principal ocupación estarle mirando, considerando y amando. La misma ocupación tuvo su Madre y tienen ahora los ángeles y bienaventurados en el Cielo. Con esto se suele encender en el alma un fuego manso de amor con este Dios-Hombre y grandes deseos de servirle y darle mil gustos, aunque sea á costa de infinitos trabajos.

Acerca de estos mismos objetos y verdades suele infundir Dios una especie luminosa, ardiente y encendida en el entendimiento, cuyo vigor pasa á la voluntad, que representa estas verdades

con nuevo modo tan admirable como deleitable, que causa un conocimiento tan vivo, presto, agudo, claro y delicado en el alma, que parece este Dios-Hombre una piedra imán, que con su presencia arrebatá y suspende tras sí al corazón. Allí sí representa vivamente la Divinidad, como un globo de luz embebida en la Humanidad, como un globo de cristal, de manera que cada uno comunica al otro sus propiedades, y así la luz cristaliza y el cristal luce, arde y resplandece. Y como lo luciente de la luz está tan penetrado con lo lustroso del cristal, y aquella hermosura está embebida con la tersura del cristal, no hay ojos que puedan divisar bien las cualidades distintas de las dos naturalezas de luz y cristal, que están unidas en aquel supuesto. Así se nos representa á veces la luz de la Divinidad, unida hipostáticamente con el cristal de la Humanidad; obrando aquí Dios á lo humano, y obrando el hombre á lo divino: y como del cristal revestido de luz salen unos rayos que clarifican, alumbran y alegran á los circunstantes, así, algunas veces, de este Dios-Hombre y de su vista y presencia salen unas centellas amorosas que nos encienden en un amor tierno y cariño-

so; salen unos pensamientos delicados, que sin discurso alcanzan muchas verdades. Está aquí el alma ansiosa, blanda, tierna, llena de afectos y suspiros; desea, arde, ama, habla, calla, escucha, oye y siente á lo divino, cualidades peregrinas que salen de este Dios-Hombre. Aquí se aviva mucho la fe; la esperanza recibe una como segura confianza; la caridad se enciende, y todas las virtudes morales reciben un nuevo ser y esmalte, que esto es propio de la Humanidad.

Y como hay algunos espejos que, con una secreta cualidad que tienen, representan los rostros de otra manera de lo que son, como á los rostros feos los representa hermosos, á los rostros largos los representa redondos, así hay unas especies intencionales abstractivas, que nos representan esta Humanidad de otra manera de lo que ahora está; y así, á veces se nos representa como Niño siendo Hombre grande, y siendo ahora glorioso nos lo representan doloroso en la columna, ó en la cruz, ó en otro acto de la pasión. Esto no denota la mudanza que haya en el objeto, sino en las especies abstractivas, que son como los espejos, que por virtud secreta representan los objetos

con modo diferente de lo que en si son; esto es, para avivar en nosotros los afectos de las virtudes morales de compunción, paciencia, humildad, obediencia, dolor, temor y confusión, cuya imitación se halla en la vida, niñez, pasión y muerte del Salvador. Y si un alma contemplativa no ejercita virtudes morales, se engaña si piensa que agrada mucho á Dios; porque así como el fuego no se sustenta ni aumenta sin la leña y los tizones, así también el fuego del amor de Dios no se conserva ni aumenta sin la leña de las virtudes morales.

CAPÍTULO V

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

LA fe nos enseña en este misterio que, en diciendo el legítimo ministro las palabras de la consagración, la substancia del pan se convierte en substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor, y la substancia del vino se convierte en la substancia de la Sangre del mismo Salvador, y que quedan los accidentes

de pan y vino rodeando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, sin que tengan inherencia actual con ellos, y así se conservan sin sujeto de inherencia. En este misterio, la fe suple el defecto de los sentidos; porque los ojos no ven el color del Cuerpo de Cristo, ni lo siente el tacto, ni huele el olfato, y, teniendo más de dos varas de largo, cabe en cualquiera mínima parte de la Hostia consagrada sacramentalmente, y no como en lugar. Todas estas cosas sobrepujan al sentido, son superiores al discurso humano, y sola la fe lo alcanza; aquí entra la Teología escolástica con varios símiles y congruencias, apoyando estas virtudes, para que el entendimiento se persuada que no son contrarias á la razón, aunque son superiores á ella.

El misterio de la Transustanciación se declara con el ejemplo de la abeja, la cual tiene tal virtud natural en su boca, que convierte la substancia del rocío en la substancia de miel, quedando en la miel los mismos accidentes que estaban en el rocío, la misma cantidad, el color y el olor; así no es mucho que Cristo nuestro Señor tenga tal virtud en su boca y en sus palabras, que pueda convertir la substan-

cia de pan en substancia de su Cuerpo, quedando los mismos accidentes. Ya veo que no es ejemplo semejante en todo; basta que tenga alguna congruencia. El engañarse los sentidos en sus objetos, es fácil, pues vemos que los montes verdes parecen azules; cuanto más, que siendo el color, olor y cantidad del Cuerpo de Cristo, ya gloriosos é inmutables, no pueden ser el objeto competente y proporcionado de nuestros sentidos corruptibles. Con estas y semejantes congruencias allana la Teología escolástica algunas de las dificultades que podía tener el entendimiento para creer estas divinas verdades.

Si sobre todos estos conocimientos, Dios nos infundiese una especie que representase el modo y la manera con que está el Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales, como rey en su trono bajo cortinas; como sol hermoso, cubierto con las nubes de los accidentes; como la fuente en el paraíso escondido con la arboleda de las especies sacramentales, de donde manan cuatro ríos de gracia, misericordia, caridad y piedad, para regar, alegrar y fertilizar la Iglesia y los corazones de los fieles que la reciben; cualquiera

contemplación representativa de este género á veces suele ser tan poderosa que arrebatá el alma y la suspende con una admiración suave, admirándose de ver estas divinas invenciones del amor divino para conquistar el corazón humano. Con este pensamiento se alborozá el alma; y como si estuviese rebosando con el ardor del fuego de un amor agradecido, toda ella se derrite y se deshace con afectos de agradecimiento. ¡Qué fácilmente entonces cree lo que antes dudaba! ¡Con qué certidumbre cree lo que la razón no alcanzaba! ¡Con qué claridad entiende las verdades que el discurso humano no comprendía! Esta fe se suele arraigar tanto en el alma, que se dejara morir mil veces por cualquier artículo de los revelados; y aunque los hombres y los ángeles contradijesen lo que entonces cree, no lo podrían apartar un punto de las verdades que con esta firmeza y entereza cree. En esta gran perfección del entendimiento no está la voluntad ociosa; antes arde en amor, adora con veneración y temor. Aquella Majestad le espanta con su grandeza, á quien adora, ama, respeta, venera, admira, alaba, agradece y engrandece con suma pureza. Aquí

se humilla el alma, y como espantada con la grandeza de esta dádiva que Dios nos da en darse á Sí mismo encarnado y sacramentado por mantenimiento de las almas, no halla en sí ni fuera de sí palabras ni afectos ni obras que basten para agradecer tan grandioso beneficio; y con esto queda con un sabio silencio, venerando con el silencio lo que no puede agradecer convenientemente con el lenguaje. Y de esta manera está á veces el alma en esta contemplación con otros secretos afectos, que yo no sé cómo explicarlos.

Las varias apariciones de la Hostia consagrada en Niño, Cordero y Cristo crucificado, que hoy se ven en el milagro de Santarén en Portugal, se hace por especies abstractivas y sirven para aumentar la devoción, reverencia y veneración que los fieles tienen para con este divino misterio, que les confirma mucho en la fe y les mueve á buenas obras. Y éste es el fin que el Señor tiene en aquellas milagrosas apariencias.



CAPÍTULO VI

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN DE LOS
ATRIBUTOS DIVINOS

Los atributos divinos, como son la Omnipotencia, Justicia, Misericordia y Bondad de Dios, son á veces perfecciones substanciales por la fe reveladas y creídas, y por los efectos creados se conocen como causas increadas. La Omnipotencia se descubre en la creación del Cielo y de la Tierra, de los ángeles y de los hombres, y de tantas y tan bellas criaturas celestes y terrenales, cuya consideración causa grande admiración. La Justicia se descubre en el premio eterno de los buenos y en el castigo eterno de los malos, cuyo efecto es causar temor de la pena y esperanza del premio. La Misericordia se ocupa en remediar tantas miserias de las criaturas. Su Bondad se descubre en tan infinitos modos de comunicarse á sus criaturas. Cada consideración de éstas, si es ordinaria, será meditación; si eleva mucho el alma, causará unión con despego de la criatura y amor al Creador; si sube de punto en el conocimiento de la fe y en

la viveza del amor, puede ser contemplación. Dejando ya los otros atributos, quiero explicar esta contemplación y su práctica en el atributo de la inmensidad, con el cual está Dios íntimamente presente en todo lugar, como causa universal, conservando el ser y la esencia de cada criatura.

Algunas veces, las almas contemplativas reciben luz contemplativa de estas verdades, tan pura, clara y levantada, que, considerando esta inmensidad, hallan á Dios muy presente en todos tiempos, lugares, personas y ocupaciones, y tienen el corazón tan bien dispuesto como un poco de pólvora refinada, que con cualquiera mínima centella se enciende, así con cualquier mínimo pensamiento, rastro, señal ó correspondencia del Creador, luego salta el alma al Creador con jacularias, ansias, suspensión, afecto y otros actos internos, y á veces con suspiros externos. Si ven una flor hermosa, de allí salta el pensamiento á la hermosura del Amado. Si oyen alguna música suave, luego escuchan interiormente la voz de su Amado; son como las teclas del órgano, de las cuales ninguna se toca sin que resuene alguna flauta. Así sucede á estas per-

sonas; no se les puede tocar tecla de criatura sin que le resuenen las dulzainas del Creador, á quien hallan muy presente en todas las criaturas, las cuales le sirven de escalera para subir más presto á lo celestial.

Este modo de oración tiene en sí mucho regalo, ternura, devoción y composición; fácil recurso á la interior continua presencia de Dios, con ordinarias jaculatorias, suspiros, lágrimas y á veces gemidos. La interior unión les trae exteriormente modestos, honestos, compuestos y callados, no con fruncimientos, gestos ni hipocresías, sino con llaneza y verdad. Con esta oración halla el alma grande aliento para ejercitar bien las virtudes morales, y más aquellas que fueron más conjuntas con su estado, instituto y obligación, sin las cuales la contemplación se pierde, ó es sospechosa, puesto que el más virtuoso es el más santo, y no el más contemplativo, si no fuere juntamente más virtuoso y ejemplar.



CAPÍTULO VII

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN
SIMBÓLICA

DE muchas y muy varias maneras se comunica Dios á las almas contemplativas: unas veces les infunde especies intuitivas, que representan los objetos como ellos son en sí; como si ahora se nos representase la Humanidad de Cristo nuestro Señor hermosa y gloriosa como está en el Cielo. El principio de este conocimiento se dirá especie intuitiva, que representa el objeto como es en sí; pero la especie abstractiva es la que representa el objeto de diferente manera de lo que es en sí. Como si se nos representase Jesucristo en figura de Niño, sin serlo; el principio de esta representación se dirá abstractiva.

Hay otros géneros de especies abstractivas que son simbólicas; y es cuando con especies apenas nos representan cosas que significan otras verdades distintas de sí; v. gr., la palma es símbolo de la victoria, el cordero de la inocencia. Con estos símbolos de estrellas, sellos, veinticuatro ancianos, vasos de

oro y plata, trono y el arco-iris, representó Dios á San Juan en su Apocalipsi muchas verdades ocultas de la Iglesia militante y triunfante; y con estos simbolos representó á los Profetas muchos sucesos de entrambos Testamentos. Conoció yo á una persona contemplativa que, levantando los ojos al Cielo, le vió de color de sangre, y en lugar de Sol, Luna y estrellas, vió todo el Cielo sembrado de cruces, azotes, garfios, cadenas, grillos, sogas y otros instrumentos penales; y juntamente se le dió á entender que había de caminar al Cielo con muchos trabajos: y esto aceptó luego el alma.

Otras veces, allá dentro, en lo más secreto del alma, se nos representan muchas especies, como tramoyas de varias figuras, cuya inteligencia á veces queda impresa en el alma, ó, si no, queda su declaración al Superior ó Padre espiritual, y algunas veces se reserva para el suceso futuro. Las almas que tienen esta oración ven algunas veces palmas, palomas, florestas, manzanas de oro, cruces, coronas, espinas, azotes; si estas cosas dejan como huellas en el alma curiosidad vana, admiración imprudente ó impertinente, dudas, sospechas ó inquietud; si se

gasta el tiempo vanamente explicándolas, como si fuesen adivinanzas de viejas, sin duda ninguna son ilusiones del demonio ó fantasías locas é imaginaciones vanas, que nos quiebran la cabeza y llenan de vanidad y curiosidad; pues éstos son los efectos de tales causas. Pero siendo de Dios, son ellas en sí como luz profética, que traen consigo su propia inteligencia, ó, cuando mucho, si se difiere ó reserva para el Padre espiritual, traen consigo paz, humildad y sosiego; encienden é inflaman grandemente al ardor de la caridad estas especies: si son intelectuales infusas, son principio de alta contemplación, y á veces causan raptos; si son especies impresas de la imaginación y fantasía, causan dulzura interior y exterior, compostura, lágrimas, sosiego y otros buenos efectos.

CAPÍTULO VIII

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN
QUE SE TIENE EN LO MÁS SECRETO DEL SER
SUBSTANCIAL DEL ALMA

ESTA oración se tiene con especies impresas infusas que inmediatamente se